

LA GLOBALIZACION DESNUDA

La palabra globalización es usada como moneda corriente para referirnos a muchas cosas. Políticamente resulta importante porque nos ubica en el final de un mundo bipolar y coloca a los Estados Unidos como la potencia imperial del Siglo XXI. Económicamente ha ampliado la brecha de los países ricos y pobres, a pesar de crear la ilusión de un planeta coherente y armonioso, dibujando aquella imagen candorosa de la aldea global. Oponerse a ella no siempre equivale a tener una postura saludable, rebelde e izquierdista. No olvidemos que la extrema derecha norteamericana detesta todas las instituciones supra nacionales y aboga por un sólido Estado Nación, que no le haga caso a las Naciones Unidas y, por supuesto, les llegue a la coronilla la OEA o la Corte Interamericana de los Derechos Humanos con sede en Costa Rica.

Quehacer ha preparado un especial sobre la globalización con el propósito de entender aquellos movimientos (básicamente del Norte) que se le oponen convencidos de que ha sido un proceso que no los favorece. Curiosamente, no existe una actitud crítica ante el proceso de globalización en los países del Sur, menos aún en América Latina, porque debemos tener en cuenta que no nos ha permitido crear riqueza ni elaborar propuestas de desarrollo a partir del conocimiento de nuestra propia realidad. En todo caso, debemos ser conscientes de que la globalización no es exclusivamente tener cable en casa, gozar de ochenta canales, comprar en los supermercados productos delicados de París o Nueva York o tener un pasaporte de la Comunidad Europea, que nos haga ver al Perú como una realidad ajena y muerta. En fin, en los años noventa no hay artículo serio que no la haya mencionado ni revista que haya sido indiferente a su múltiple contenido. Es hora de iniciar una evaluación, de buscarle un real contenido y analizar su lado bueno, malo y feo. La globalización no debe tener el rostro del policía Bush ni el del perseguido Osama.